

todos los obstáculos? ¿Le ha divertido á V. eso?

—Sí tal; me he sentido alegre como la alondra que sube, sube y sube cantando; me he embriagado en el éter; pero llegó el momento en que no pude subir más alto. Aquel día he comprendido, al descender sobre la tierra, rotas las alas, que el orgullo no es más que una vana ilusión que pasa y se desvanece. Aspiramos á todo; pero no abarcamos nada.

—Lo más sabio (le dije yo), es quizás no aspirar á nada, y abarcarlo todo.

XVI.

Esther en escena.

Los que no han conocido bien á Esther, han dicho que sólo era una gran trágica, por la tradición.

—¡Es verdad! Samsón, que era un gran maestro, pudo recordarle el estilo tradicional de Mlle. Duchesnois y de Mlle. Georges; pero tenía demasiado talento para querer sujetar aquella joven naturaleza llena de fuego y de inspiración. Es sabido, además, que Samsón decía mal los versos de tragedia, no por falta de inteligencia, sino por falta de voz y de entusiasmo. Había nacido para representar en frío papeles cómicos, pero de ninguna manera los trágicos.

Lo que daba tan hermoso carácter á la gran artista, era que aparecía al principio sobre la escena como una estatua de mármol. Su pedestal era su dignidad. Se reconocía en seguida á la hija de los dioses. Una santa emoción recorría el teatro, dejándose sentir en todos los corazones. No había ni un solo espectador que no se

sintiera engrandecido por el espectáculo de aquella Galatea inmóvil, pero que iba á descender de su pedestal, con todos los ardientes rayos de la pasión. Si representaba Fedra, no había ni un parisién en la sala; los griegos de Eschylo y de Sophocles ocupaban todas las localidades. En la época de Luís XIV, de Luís XV y de Luís XVI, la Fedra de Racine era una mujer moderna, sometida á todas las pasiones renovadas por el cristianismo. Gracias á Esther, Fedra volvió á ser la mujer de la antigüedad; por esto me sorprende que Chateaubriand, después de haber visto á Fedra interpretada por Esther, con aquella expresión de desesperación amorosa y de furor apasionado, haya dicho: «Fedra, que se hubiera consolado de una eternidad de sufrimientos si hubiera disfrutado de un solo instante de felicidad, no está en el carácter de los tiempos pasados; aquella mujer es la cristiana réproba; es la pecadora que cae palpitante en manos de Dios; su palabra es la palabra del condenado.» No: Esther, la hija de la Biblia, convertida en la hija de Eschylo, es de aquella época, de la cabeza á los piés, lo mismo por la energía de su figura que por la energía del corazón.

Cuando Esther se encarnaba, por decirlo así, en un papel del antiguo ó del nuevo repertorio, desanimaba á sus amigos hasta llegar á la primera representación, y hasta la segunda si le

abandonaba la inspiración en la primera. Todos sus estudios habían sido inútiles. Pero de pronto, el genio la arrastraba, y arrebatava á todo el mundo. Solía decirme en las primeras representaciones: «Entusiasmo, porque yo misma me siento arrastrada por él.» Extendía los brazos en la escena como el pájaro abre sus alas. Comprendía, además, que había demasiados periodistas entre los espectadores, y muchos de éstos no siempre eran partidarios suyos, bien fuera por que pareciera desdeñarlos, ó porque su mesa fuera demasiado pequeña para reunirlos á todos.—«¡ Á fe mía (exclamaba), no podría contentar á todo el mundo y á los periodistas.» ¡He conocido á algunos que por la cosa más pequeña criticaban á la gran artista! Ocurrió, además, querer eclipsarla, poniéndole delante otra actriz. Por eso fué por lo que hicieron de la señorita Maxime una gran trágica; Julio Janin declaró que la crítica estaba de acuerdo para aplaudir á la señorita Maxime enfrente de Esther. Pero no fué bastante aplaudir á aquella; se silbó á esta última.—«¡ Ah! (exclamó Esther.) ¿Qué harían si me hubiera quedado sin voz, sin pasión? Quizás creerán Vds. que no tomaré mi revancha; pensarán acaso que sucumbiré en sus comparaciones. ¡No; se equivocan! ¡No, no será así; quiero reinar, y quiero reinar yo sola!»

Se representó la tragedia de Lebrun, *María*

Stuart. Esther hacía el papel de María Stuart, Mlle. Maxime el de la reina Isabel. Hasta entonces había representado Esther la obra sin elevarse casi por encima de la poesía de aquella tragedia, que no era ninguna obra maestra. Pero en aquella ocasión apareció delante de Mlle. Maxime, sorprendente, soberbia. «Aquello fué un esfuerzo increíble del genio, una pasión que llegaba hasta el delirio.» Mlle. Maxime, llena de sorpresa, confundida, retrocedió espantada; la miraba con huraños ojos, y humillada y aterrada al mismo tiempo, no se atrevía á levantar la cabeza; entonces fué cuando Esther exclamó, con el desprecio en la boca y el fuego en la mirada:

«Hundo el puñal en el seno de mi rival.»

Mlle. Maxime no volvió á levantarse nunca, digámoslo así: fué como una ejecución capital, efectuada delante de todo París; como consecuencia de esto, tan sólo fuera de la capital se atrevieron á representar las trágicas medianas.

Tan familiar le era la tragedia del tiempo de Luís XIV, como rebelde se mostraba para las obras maestras de otras épocas; pero, aunque se diga esto, siempre puso el sentimiento escénico en sus nuevas creaciones. Era de aquellas que lo saben todo sin haber aprendido nada. Llevaba tan lejos su desdén hacia el estudio inútil, que más de una vez ha representado papeles en

obras que jamás había visto ni leído. Se encarnaba en el papel, ó bien éste se encarnaba en ella, sin cuidarse de lo que hablaran los demás, diciendo: «¡Qué me importa! Yo sola soy la obra.» Es necesario perdonarla, al pensar en aquella vida de artista y de mujer de mundo, que tan poco tiempo le dejaba para dedicar al sueño. Se la acusaba también de no comprender bien sus papeles cuando representaba la comedia: pura necedad de la crítica. Gracias á su expresiva dicción, á su penetrante inteligencia y á su movible fisonomía, todas sus palabras eran perfectamente comprendidas; ejercía tal atracción en los espectadores, «que se sentía el vuelo de las moscas,» según decía Julio Janin. Debía su fuerza trágica á su elevada estatura, á su bien colocada cabeza, á la casta desenvoltura de todo su cuerpo y á su andar de diosa, que parecía no sentar nunca su planta más que sobre las nubes. Es que existía en ella algo de sobrehumano. Sus hermosos ojos tenían un poder incomparable; siempre húmedos, siempre ardientes, conmovían y encantaban todos los corazones. Desde el momento en que aparecía en escena, los más rebeldes capitulaban ante aquellas miradas de fuego y ante aquel aire de majestad.

Se la acusaba también de ser siempre la misma y de representar todos los papeles bajo la figura de Esther. Atendiendo á esta crítica, se